



Los fuegos que se extinguieron

“La historia del hombre escribió alguna vez el Marqués de Sade, el terrible y orgiástico Marqués- es la historia de la iniquidad y el crimen”. Pasando por alto sus apologías del desorden y la ruptura, recordé sus palabras a propósito de un libro que me impresionó profundamente: “De la tierra sin fuegos”, de Juan Pablo Riveros, texto que evoca a los pueblos que habitaron antaño el extremo austral de Chile y Argentina y denuncia su etnocidio. Raramente se encuentra una obra que sin recurrir al panfletarismo, al lugar común, a la línea gruesa, reúna un hondo contenido poético y acopio de información, seria, severa, indesmentible. Dedicada a Joseph Emperaire y Martín Gusinde -científico francés el primero, sacerdote austriaco el segundo, que dedicaron largos años al estudio y el rescate de las culturas aborígenes de la Patagonia, incluye, además, una rica iconografía sobre razas dueñas por siglos de territorios sobre los que se dejó caer, inexorablemente, la codicia “blanca”.

Aptas sus proceros para la crianza de ganado ovino, los futuros estancieros desataron una cacería que nos llena, como país, de vergüenza y oprobio:

“Corrientemente las desgraciadas víctimas eran embarcadas directamente a Punta Arenas y colocadas allí en campamentos al aire libre bajo la vigilancia de soldados. Como animales se les tenía cercados con alambradas o empalizadas. A veces se vendían... en pública subasta. El número de estos desgraciados no se puede calcular ni aproximadamente; el norteamericano F.A. Cook habla de ‘muchos niños’ que, como animales indefensos, fueron sacados de su patria y no volvieron a ver nunca más a sus familiares”.

El relato de Gusinde ahorra cualquier comentario acerca de esta masacre perpetrada en unos pocos años. Desaparecidos los yámanas, selknam, qawashqar, hoy restan unos pocos mestizos que todavía recorren los canales ofreciendo en los barcos sus míseros productos, sus

pieles escasas, pálidos reflejos de los estirpes que asombraron a Fitzroy y Darwin. El primero, incluso, llevó a varios nativos a Inglaterra para “civilizarlos”, desdichado proyecto cuyo fracaso le condujo al suicidio y que fue motivo de la conocida novela de Benjamín Subercaseaux, “Jimmy Button”.

El cosmogónico descenso de Juan Pablo Riveros a la manera de T.S. Eliot revive esa naturaleza en su estado prámigenio, puro, intacto, enciende los extinguidos fuegos y nos deja lacerantes preguntas: “¿Dónde están, anas? ¿Dónde yagán manso, leve aicalufe? ¿Dónde hombres diligentes, mujer tenaz?

¿No cogeréis más, gacela, dulce yagana, moluscos a la orilla del mar?

¿Dónde está tu pueblo, Temóaque!?

¿Dónde tus marinos, Watauinewa?

Preguntádselo al Kolliot. Murieron de Occidente”.

Pacián Martínez E.

000200403

BIC 7897

81 día, conexión, 22-II-1987 p.3.

Los fuegos que se extinguieron [artículo] Pacián Martínez E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez E., Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los fuegos que se extinguieron [artículo] Pacían Martínez E.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile